

La insurgencia más caótica y sangrienta

ILUSTRACIÓN TOMÁS ONDARRA

Avance editorial.

Arturo Pérez-Reverte relata en 'Revolución' la aventura de un ingeniero español junto a los hombres de Villa. La novela llegará el martes a las librerías



ARTURO PÉREZ-REVERTE

Ésta es la historia de un hombre, una revolución y un tesoro. La revolución fue la de México, en tiempos de Emiliano Zapata y Francisco Villa. El tesoro fueron quince mil monedas de oro de a veinte pesos de las denominadas maximilianas, robadas en un banco de Ciudad Juárez el 8 de mayo de 1911. El hombre se llamaba Martín Garret Ortiz, y todo empezó para él la mañana de ese mismo día, cuando oyó un disparo lejano. Pam, hizo, seguido de un eco que fue apagándose en la calle. Y después sonaron otros dos seguidos: pam, pam.

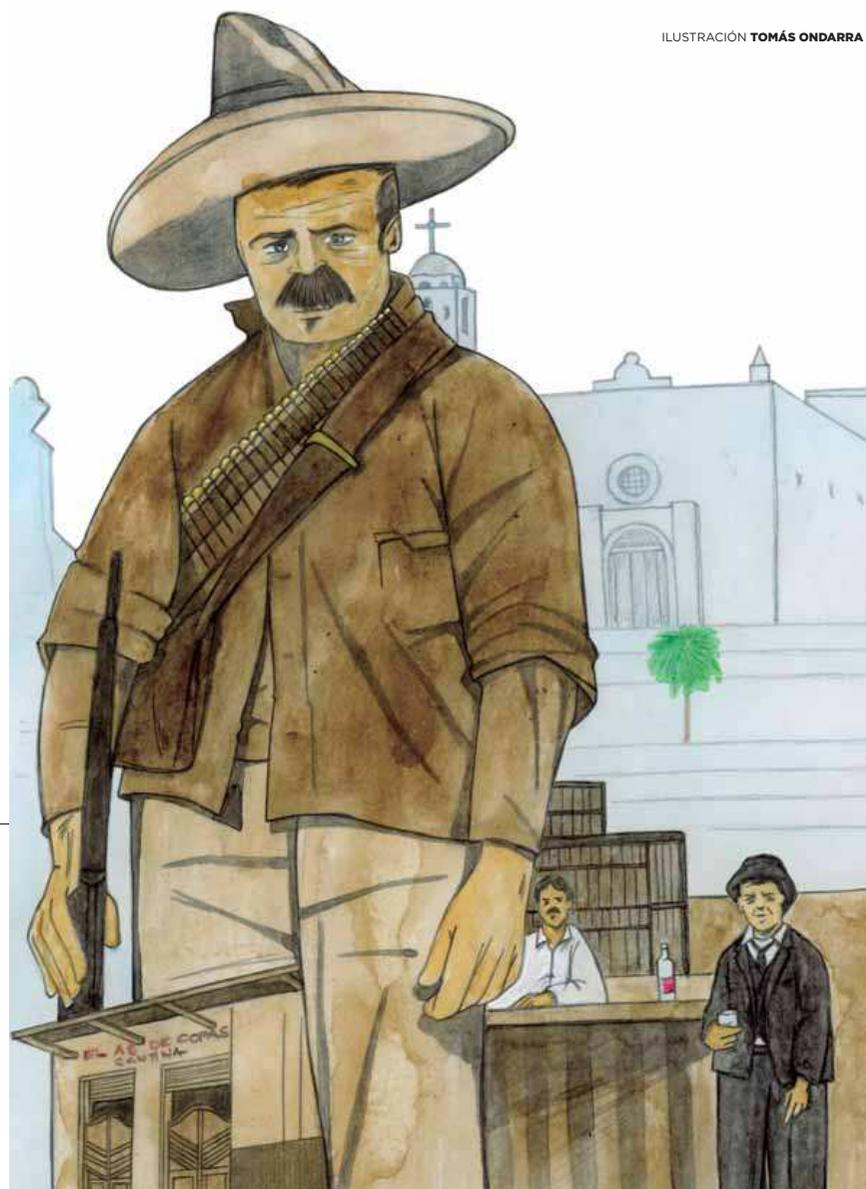
Dejó sobre la mesa el libro que estaba leyendo –'La energía eléctrica en la moderna explotación minera'– y se asomó al mirador apartando los visillos. Parecían tiros de fusil disparados a dos o tres manzanas de allí. A un par de cuadras, como decían los mexicanos. Al cabo de un momento sonaron otros, esta vez más cerca. Sobre los tejados de las casas bajas y chatas se levantó una columna de humo primero gris y luego negro que la ausencia de viento mantenía vertical en el azul cegador de la mañana. Ahora el tiroteó era más nutrido, tornándose un chisporrotear de estampidos: pam, crac, crac, pam, crac, pam. Así sonaba, y el eco volvía a multiplicar el ruido. Era un crepitar intenso, semejante al arder de madera seca, que parecía extenderse por todas partes.

Ya empezó, se dijo, excitado. Ya los tenemos ahí.

Era Martín Garret un joven cu-

rioso, todavía en esa edad –veinticuatro años cumplidos dos meses atrás– en la que uno cree hallarse a salvo de los imprevistos del azar y de las balas perdidas que zumban en las calles. Pero, sobre todo, se aburría en su habitación del hotel Monte Carlo esperando la reapertura de las minas Piedra Chiquita, cerradas por la inseguridad política en el norte del país. Así que la novedad pudo más que la prudencia. Se abotonó el chaleco y ajustó la corbata, cogió sombrero y chaqueta e introdujo en ésta un pequeño revólver Orbea níquelado con cinco cartuchos de calibre 38 en el tambor. Aquel peso en el bolsillo derecho inspiraba cierta seguridad. Después bajó de dos en dos peldaños las escaleras, pasó junto al asustado conserje, que asomaba apenas los bigotes tras el mostrador del vestíbulo, y salió a la calle.

Quería mirar, verlo todo con sus propios ojos ávidos. Desde que llegó de España, el joven ingeniero de minas había seguido la evolución de los acontecimientos a través de los periódicos nacionales y estadounidenses. Todos hablaban de la inminencia del conflicto, de la inestabilidad del presidente Porfirio Díaz, de cómo los descontentos se unían en torno al opositor Francisco Madero. En los últimos meses se habían sucedido tensiones políticas, hechos ominosos, incidentes que incluían cada vez más sangre. Incluso verdaderos combates. Las partidas de bandidos, pequeños rancheros o campesinos desesperados se agrupaban



ahora en brigadas con organización casi militar, bajo cabecillas que reclamaban justicia y pan para el pueblo, sumido en la miseria por hacendados arrogantes y por un gabinete presidencial ajeno a la razón. Para cualquier mexicano de las clases medias y bajas, la palabra gobierno era sinónimo de enemigo. Por eso los insurrectos querían Ciudad Juárez, principal paso fronterizo con los Estados Unidos. Se habían acercado en los días anteriores, ocupando posiciones en torno a la ciudad. Acumulando fuerzas. Ahora empezaba la verdadera lucha y quizá la revolución.

Yacía un hombre muerto al extremo de la calle desierta, frente al salón de billares Ambos Mundos. Estaba tirado boca arriba y seguramente alguien lo arrastró hasta allí después de que le dieran un balazo, buscando ponerlo a cubierto, pues había un largo reguero de sangre medio coagulada en la tierra de la calle sin asfaltar. Martín nunca había vis-

to a nadie muerto de forma violenta, ni siquiera en las minas; así que se quedó un momento mirándolo. Le llamaba la atención el desorden de la ropa, los bolsillos vueltos del revés, los pies sólo con calcetines –habían desaparecido los zapatos– y el rostro contraído encarando el cielo, abiertos los ojos que velaba una fina capa de polvo depositada en ellos. Sobre la boca entreabierta revoloteaban moscas, zumbando entre ella y el agujero pardusco que el muerto tenía en el pecho. Era un hombre de edad indefinida, entre los treinta y los cincuenta años, con ropa de ciudad. No parecía un combatiente, sino una víctima del azar, tal vez de algu-

na bala perdida. Entonces Martín intuyó por qué lo habían arrastrado hasta ponerlo al amparo de los edificios cercanos y bajos. No con intención de atenderlo, pues seguramente ya estaba muerto, sino para despojar con calma el cadáver.

Caminó un poco más, hasta la esquina y luego adelante, procurando hacerlo pegado a las paredes. Las calles permanecían desiertas. Fuera de su vista continuaba el tiroteó, muy violento ahora, que parecía multiplicarse en varios lugares. Anduvo guiándose por el ruido de los disparos más próximos. Su intensidad era mayor por la parte noroeste, hacia el río Bravo y los puentes que cruzaban la frontera al lado estadounidense de El Paso, Texas.

Sintió sed. La tensión le secaba la boca. Las casas disminuían en altura en aquella zona de la ciudad y el sol pegaba fuerte: cada vez más arriba, dejaba pocos espacios de sombra. Se aflojó el nudo de la corbata, secó el sudor

Para cualquier mexicano de las clases medias y bajas, la palabra gobierno era sinónimo de enemigo

de la frente y la badana del sombrero con el pañuelo y miró alrededor. Ni un alma. Nunca había imaginado que la guerra despolbase tanto el paisaje.

Al otro lado de la calle, el rótulo El As de Copas pintado en una fachada indicaba una cantina. La sed seguía torturándolo, así que hizo un rápido cálculo de pros y contras. Tras decidirse, echó a correr para alcanzar el lugar; treinta metros que se hicieron largos, pero nadie le disparó, aunque los tiros sonaban no demasiado lejos. La puerta de la cantina estaba cerrada. Llamó varias veces sin resultado, hasta que al fin se entreabrió un palmo y un rostro ceñido y bigotudo apareció en la rendija.

— Déjeme entrar —dijo Martín—. Tengo sed.

Una duda silenciosa, dentro. Sobre el bigote, dos ojos muy negros lo observaban con recelo.

— Llevo dinero —insistió el joven—. Pagaré por lo que beba.

Tras una corta vacilación le franquearon la entrada. El interior estaba en penumbra a causa de los postigos echados: la luz penetraba por una claraboya alta, iluminando malamente una habitación con mesas y sillas desvencijadas, un mostrador y varios bultos inmóviles, sentados. A medida que sus ojos deslumbrados se acostumbraron, Martín pudo distinguir los detalles. Había allí media docena de hombres y todos lo contemplaban con curiosidad.

— ¿Qué le sirvo, señor? —
— Agua.
— ¿Nada más? —lo miró el cantinero, extrañado—. ¿No quiere sotol, o tequila?
— Después. Ahora deme agua, por favor.

Bebió con ansia hasta vaciar la jarra. Uno de los hombres se levantó y anduvo hasta el mostrador, recargándose en él frente al cantinero. Era pequeño, panzudo bajo la chaqueta de dril entreabierta, y un bigote frondoso le ensombrecía la boca. Estudiaba despacio a Martín, que se había quitado el sombrero al entrar y se enjugaba el sudor de la cara con el pañuelo.

— ¿Español? —preguntó.
— Sí.
— Se le nota lo gachupín en el habla.

Asintió Martín, inseguro de si eso era bueno o malo. A menudo se asociaba a los hacendados españoles con los afectos al régimen de Porfirio Díaz.

— Cada quien es de donde es —dijo.
— Claro.

Sin preguntar más, el cantinero le había puesto delante a Martín un vaso de tequila. Se lo llevó a la boca, bebió un sorbo y el alcohol ardiente le hizo crispas la cara. Tequila transparente como el agua y fuerte como el diablo.

— No es día para andarse paseando —opinó el panzudo.

Seguía mirándolo con curiosidad. Afuera sonaban, apagados, los tiros lejanos.

— ¿Son los rebeldes? —inquirió Martín.

Una sonrisa sin humor le torció al otro el bigotazo.

— Lo de rebeldes, señor, según y cómo... Lo que son es maderistas que se fajan a plomazos con los mochos. Y viceversa.

— ¿Los mochos?
— Los soldados, o sea. Los peones.

— Los llaman así por el pelo al rape —quiso aclarar el cantinero.

— Meros desgraciados contra desgraciados... Obligados por quienes mandan a buscar en el otro mundo lo que aquí no tienen.

El bigotudo panzón hablaba bien, educado. Se veía hombre de cierta instrucción. Indicó la puerta de la calle.

— Yo que usted, señor, me terminaba tranquilo el tequila. Si asoma ahí afuera lo pueden perjudicar.

— ¿Qué está pasando?
— Se brega en varios lugares, y también en la estación —señaló el mexicano a los que estaban sentados—. Aquí los muchachos se lo pueden decir mejor que yo. Está cerca y de allí vienen.

Se fijó Martín en los cuatro: ropa de mezclilla azul manchada de grasa, gorras mugrientas, bigotes en rostros sucios de carbonilla. Ferroviarios. O ferrocarrileros, como decían en el norte. Dirigió un ademán al cantinero.

— Tengo mucho gusto en invitarlos a un trago, si me lo aceptan.

— Pa luego es tarde —dijo uno. Se levantaron despacio, con dignidad, y se acercaron al mostrador. El cantinero les fue llenando los vasos.

— Los maderistas nos cayeron al alba por el poniente y por el sur —dijo el ferroviario que había hablado antes—. Empezaron de a poquito y fueron llegando más, con todo y caballería, hasta que se agarraron macizo —indicó a sus compañeros—. Nosotros tuvimos que pelarnos de la estación, porque allí se daban bien en la madre.

— ¿Quién está ganando?
— Ah, pos eso aún no se sabe. De un lado dicen que viene don Francisco Madero con los señores Orozco y Villa, que son reduros. Y del otro, a los federales nos manda el general don Juan Navarro, que ya son palabras pesadas.

— El Tigre de Cerro Prieto —apuntó el bigotudo panzón.

No sonaba a elogio. Hacía pensar en paredones picados de tiros y hombres colgados de los árboles como racimos de fruta.

— Así que cuando esto acabe —remató otro de los ferroviarios—, van a sobrar sombreros.

Bebieron todos, aplicados. Fuera, el tiroteó resbalaba hacia el silencio y volvía a crepitar intenso al cabo de un momento, como el vaivén de una ola en las rocas. Encargó Martín otra ronda y nadie dijo no.

— Oiga, amigo...

Con el ceño fruncido y un vaso en la mano, el panzón observaba a Martín. Lo miró éste.

— Dígame.
— ¿Preguntar es ofender?
— En absoluto.
— ¿Qué se le perdió hoy por esos rumbos?
Titubeó el joven, algo desconcertado.

— Trabajo en unas minas, cerca de aquí.

Le lanzó el otro una ojeada súbita, desconfiada, como la de quien de pronto viente a un enemigo. Vacío el vaso de un trago y volvió a mirarlo, reparando ahora en el lado derecho de la chaqueta, más pesado que el izquierdo. Después lo estudió despacio de arriba abajo, midiéndole el estatus.

— ¿Administrador?
— Ingeniero.
— Ah —se relajó el mexicano.
— Siento curiosidad. Nunca he visto una revolución.

— Pos dicen que por la curiosidad se murió el gato, ¿no? —dijo uno de los ferroviarios—. Mejor se nos queda aquí tantito, hasta que afloje.

Lo pensó Martín. Su empeño seguía pesando más que la prudencia. Puso unas monedas sobre el mostrador.

— En realidad, debería...

No acabó la frase. Sonaban golpes en la puerta: repetidos, violentos, amenazadores. No eran de gente que pidiera permiso para entrar, sino de la que exigía paso franco. Por las bravas.

— ¡Abra, hijos de la chingada!... ¡O entramos echando bala!

Entraron con la luz de afuera relumbrando en las carabinas y en el metal de los cartuchos metidos en carrilleras cruzadas sobre camisas de algodón blanco, cazadoras amarillas y chaquetillas charras. Eran una docena y venían cansados, violentos, oliendo a sudor y tierra. Algunos calzaban botas con espuelas que resonaban en las tablas del suelo. Bajo los sombreros de ala ancha traían los ojos enrojecidos y los bigotes agrisados por humo de pólvora.

— Todos a la pared —ordenó el que mandaba.

Obedeció Martín con los otros. Sólo el cantinero permaneció tras el mostrador, seguro de que iban a requerirlo allí. Resignado, sacó otro cántaro de agua y dos botellas y alineó unos vasos delante. No parecía la primera vez que la revolución se colaba en El As de Copas.

A Martín lo registraron como al resto. Un momento después, su billetera y el Orbea de calibre 38 estaban en manos del que parecía el jefe.

— ¿Y esto, amigo?

Le mostraba el revólver en la palma de la mano, estudiando a Martín con irónica desconfianza. Encogió éste los hombros.

— Es un arma de mi propiedad... Nunca se sabe.

— Nunca se sabe, ¿qué?
— Lo que uno va a encontrar en la calle.
— Es buena gente —intervino el panzón.

No se volvió a atenderlo el otro, que ceñía pantalón a rayas descolorido y chaquetilla corta. Llevaba una enorme pistola al costado, en un cinto lleno de balas, y una cruz de pesadas carrilleras sobre el pecho. Había dejado la carabina 30/30 sobre el mostrador, y bajo el ala ancha del sombrero norteño sus ojos negros y duros seguían mirando fijamente a Martín.

— ¿Cómo de güena?
— Se pagó unas copas con mucho gusto —apuntó el otro—. Es ingeniero.
— ¿Español?
— Sí, pero de España.

Asintió el maderista mientras se quitaba el sombrero para enjugar el sudor con una manga. Tenía el pelo y el bigote, que le cubría por completo el labio superior, salpicados de canas prematuras, y una cicatriz como de machetazo de la sien a la mandíbula derecha que aún se veía violácea, fresca, casi reciente.

— Pos tiene suerte de serlo. Si fuera español de aquí, a lo mejor ya estaría colgando de una reata.

Sus hombres se habían acercado al mostrador mezclados con los ferroviarios. Habían dejado en el suelo dos morrales que traían, y también una caja grande, abierta, con asas de cuerda y pintada de rojo. El cantinero les había puesto delante un atado de cigarrillos La Paloma, que se encendían unos a otros. Echaban humo y todos parecían más relajados.

— ¿Y qué hace su mercé de cantinas con la que está cayendo? —quiso saber el jefe.

— Salí a ver qué pasa —se permitió Martín un amago de sonrisa—. Vivo en el hotel Monte Carlo, a cuatro cuadras.

Seguía serio el otro.

— ¿Es un hotel elegante?
— No es malo.
— De allí acá hay mucha bala que va y viene. Se arriesga a que lo tuerzan gacho.
— ¿Perdón?
— A que le den su agua. Un plomazo.

— Por eso me metí aquí dentro. Todavía lo contempló el maderista un poco más, dubitativo. Al fin, con una mano le devolvió la billetera mientras con la otra se guardaba el revólver en un bolsillo. Uno de los suyos le acercó un vaso de agua, que apuró

en sorbos cortos. Después dio una seca palmada.

— Aprevénganse, muchachos, que nos vamos.

Acabaron los otros sus tragos, dejando los vasos sobre el mostrador, y empezaron a salir sin que nadie hiciera ademán de pagar nada. El cantinero parecía acoger la cosa con resignación: una botella de tequila y otra de sotol no eran un precio alto por que lo dejaran en paz. Cogió el jefe su carabina, y entonces señaló Martín la caja pintada de rojo, sobre la que caía la ceniza del cigarro de uno de los maderistas.

— ¿Puede decirle algo, señor?
Se detuvo el otro, mirándolo displicente.

— Pa eso nos dio Dios la lengua, amigo, pa decir cosas... Luego la responsabilidad ya es de cada uno. Volvió Martín a señalar la caja.

— ¿Eso es dinamita?
— ¿Y qué, si lo es?
— Pues que si yo fuera ustedes, no andaría fumando cerca. Los cartuchos son viejos y parecen sudados.

— ¿Y?
— Lo que sudan es nitroglicerina. Se arriesgan a volar por los aires.

Parpadeó el maderista.

— Újole... ¿Usted sabe de eso?
— Ya les dije que es ingeniero —intervino el panzón.

Hizo el otro una mueca despectiva.

— Mi gente —señaló sus caras sonrientes y feroces— no se raja pa bailar con la pelona.

— Tampoco es cosa de ponerlo fácil —replicó Martín—. ¿No cree? El mexicano pareció pensarlo. Luego se volvió de nuevo a los suyos.

— Ya oyeron. Avienten esos cigarrillos, no vayan a mandarnos a la fregada.

Salieron todos. Al cabo de un momento, el jefe apareció otra vez en la puerta. Miraba a Martín.

— ¿Usted sabe de explosivos y esas cosas?

— Un poco —admitió él—. Es parte de mi trabajo.
— ¿Ingeniero de qué, me dijo?
— De minas.

Se pasó el otro, pensativo, la uña de un pulgar por el bigote.

— ¿Sabría cómo manejar la dinamita pa romper algo sin romperlo todo?

— No comprendo.
— Pa volver un sitio, pero sólo tantito... Lo necesario.

— Depende de qué se trate, pero supongo que podría.

Una amplia sonrisa iluminó la cara del mexicano.

— Pos me late que nos va a acompañar, amigo. Si no le importa.

A Martín se le hizo un vacío en el estómago. Miró confuso al maderista, pero la expresión del otro no admitía réplica. Así que se puso el sombrero, salió detrás de él y caminaron con los demás por el lado derecho de la calle. No se atrevió a preguntar a dónde se dirigían, y nadie se lo dijo.

EL LIBRO



► 'Revolución' de Arturo Pérez-Reverte. Ed.: Alfaguara. 464 págs. Precio: 22,90 euros (ebook, 10,99)